

Javier de Viana



Flor del Estero

textos.info
biblioteca digital abierta

Flor del Estero

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7693

Título: Flor del Estero

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 7 de septiembre de 2022

Fecha de modificación: 7 de septiembre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Flor del Estero

A la orilla de un arroyuelo menguado, de aguas turbias y perezosas, una cerca de otra, Albina y Fabia lavaban en silencio.

El cielo estaba gris, húmeda la atmósfera, frío y recio el viento, uno de esos días en que parece que el sol ha dormido mal y se levanta alunado.

A pesar de ello, Fabia, una morocha fuerte, regordeta, sonrosada, conservaba su constante buen humor y su sana alegría. Fregaba sin cesar y sin cesar cantaba, desmostrando que ni la tarea ni la agriedad del tiempo conseguían contrariarla.

No así Albina, quien mustia, desgana, silenciosa, suspendía con frecuencia su trabajo para permanecer inmóvil, encorvado el dorso, caídos los brazos, cerrados los ojos.

—¡Pero mujer,—exclamó Fabia,—ánimate un poco, que da lástima verte con ese aire de cordero achuchao!...

Albina volvió la cabeza y dijo:

—Y a mí me hace sufrir verte siempre alegre, siempre contenta, siempre cantando, indiferente y despreocupada como los pájaros!

—¿Querés que me ponga a llorar porque no tengo ninguna pena?...

—¡Nunca faltan dolores que hagan sufrir!...

—Ya sé. Yo sufro cuando me pincho con l'auja o me clavo una espina en un pie o tengo retorcijones de tripas; pero eso no es como p'andar tuito el tiempo llorando y con cara de viernes santo.

—¡Es que a mí a cada momento me pinchan las aújas y se me clavan espinas!...

—¡Porque siempre andas con el corazón descalzo!—respondió riendo

Fabia.

La risa de la chica resonó sonora en la soledad del arroyuelo y sorprendió a Patrocinio que pescaba plácidamente quince varas más abajo, separado y oculto de las mozas por un mechón de las largas y ásperas barbas del estero.

, No pudo contenerse; arrolló la línea, recogió la pesca y se encaminó al lavadero, donde se presentó de improviso, saludando con un:

—Güeñas tardes, linduras...

—Muy güenas las tenga el zalamero,—contestó Fabia.—¿Sacó muchos pescaos?...

—¡Un cardumen!...

—¡Dejuro!... Ande usté echa el anzuelo no hay mojarrita que no se prienda!...

—No, vea: yo no me explicaba que picase tanto, pero cuando su risada me anunció que ustedes estaban acá, comprendí en seguida...

—¿Cuála la causa?...

—Qu'el cardumen las vido y los péscasos se atropellaban pa que yo los sacase ajuera, por que sabiendo que se los había 'e llevar a ustedes, estaban ansiosos por morir mirando a las reinas del arroyo!...

Y esto diciendo, ofertó a cada una de las mozas un espléndido collar de alabastrinas mojarras, ensartadas en fresca y verde rama de junco.

—¡Qué lindas... ¡Parecen de plata!—agradeció Fabia.

En cambio Albina las desdeñó diciendo:

—Gracias; no apetezco bichos del agua.

Conmovido y apenado, el mozo desató el junco y vació sobre su sombrero las mojarras, que vivas aún, comenzaron asaltar dentro del chambergo.

Después, con brusco ademán, las arrojó al arroyo, exclamando:

—¡Que vuelvan al agua, entonces, y que me perdonen haberlas hecho sufrir por osequiar a una ingrata!...

Acto continuo, Patrocinio púsose el sombrero y partió sin agregar palabra.

—¿Por qué haces eso?—interrogó Fabia abrazando cariñosamente a su prima.

—¡Porque no lo quiero!—respondió Albina con imperio.

—¿Entonces, no sabés querer a naides?... Este es el quinto novio que te conozco y a éste, como a los otros, te le has volcao sin motivo...

No te comprendo. Sos joven, bien parecida, tus padres tienen un pasar, los mozos te codicean y ninguno te contenta y estás siempre triste... ¡No te comprendo!

—No podés comprenderme,—contestó Albina, volviendo su rostro afilado y pálido, de una belleza extremadamente melancólica;—no podés comprenderme porque vos sos nacida y criada en otros pagos, donde la tierra es alta, donde los arroyos son hondos y tienen aguas blancas y árboles lindos que las cuidan, donde el aire es puro y el sol alegre... Y yo he nacido y crecido entre estos baños maldecidos, puro barro, agua sucia, juncos y paja brava!... Deseo amar y nadie consigue encender en mi corazón el fuego de un cariño!... Llevo dentro mi alma, la humidá, el silencio y la tristeza del baño!... ¡Yo soy la flor del estero!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.